

Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo

Ofelia Rey Castelao
Pablo Cowen
(Editores)



2017

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Diseño en Comunicación Visual

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2017 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1586-3

Colección Historia del Mundo Ibérico. Del Antiguo Régimen a las Independencias - HisMundI, 2

Cita sugerida: Rey Castelao, O. y Cowen, P. (Eds.). (2017). Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (HisMundI ; 2). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/95>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

Historia del Mundo Ibérico:
Del Antiguo Régimen a las Independencias

Colección de monográficos

Directores

Oswaldo Víctor Pereyra
Susana Truchuelo García

Consejo Editor de la Colección

Alfonso Mola, Marina Dolores (Universidad de Educación a Distancia, España)
Barriera, Darío (Universidad Nacional de Rosario, Argentina)
Carzolio, María Inés (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)
Fernández Albaladejo, Pablo (Universidad Autónoma de Madrid, España)
Forteza Pérez, José Ignacio (Universidad de Cantabria, España)
González Mezquita, María Luz (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina)
Hespanha, Antonio M. (Universidad de Coimbra, Portugal)
Imízcoz Beúnza, José María (Universidad del País Vasco, España)
Martínez Shaw, Carlos (Real Academia de la Historia, España)
Pasamar Alzuria, Gonzalo (Universidad de Zaragoza, España)
Paquette, Gabriel (Johns Hopkins University, Estados Unidos)
Salinas Mesa, René (Universidad de Andrés Bello, Chile)
Yun-Casalilla, Bartolomé (European University Institute, Italia)
Vincent, Bernard (Écoles des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia)

Secretaría

Moro, Pablo (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)

HisMundi

La Colección de Monografías **HisMundi** es fruto de investigaciones realizadas dentro de la *Red Interuniversitaria de Historia del Mundo Ibérico: del Antiguo Régimen a las Independencias* (Red **HisMundi**) y, en particular, es el resultado de una ambición historiográfica con una misma sensibilidad que cuenta con investigadores de las dos riberas del Atlántico en los mundos ibéricos: analizar fenómenos y procesos históricos con un enfoque comparativo, focalizando la atención en sociedades históricas que han experimentado historias compartidas y, también, contrastadas como fueron las ibéricas europeas y americanas desde 1492 hasta la formación de los estados en América Latina.

Este proyecto global y esta ambición parten de una iniciativa compartida por historiadores de las universidades nacionales argentinas de La Plata, Rosario y Mar del Plata, y de las españolas de Cantabria y el País Vasco. La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata se encarga de producir la presente colección de libros digitales que lleva como título *Historia del Mundo Ibérico: del Antiguo Régimen a las Independencias*.

El objetivo es ofrecer encuadres óptimos para desarrollar la publicación electrónica anual de libros digitales científicos, coordinados bien por especialistas del entorno de la Red bien por colegas de un alto reconocimiento investigador, que impliquen una colaboración de expertos contrastados en cada una de las materias de que se ocupe la obra. Las monografías permiten así avanzar en la cohesión de la red, en la coordinación de trabajos realizados en sus entornos universitarios y en la incorporación de investigadores de alto nivel académico a las materias específicas de cada libro enfatizándose, en lo posible, en cada uno de ellos, un enfoque comparativo entre las experiencias históricas de los mundos ibéricos.

Cada volumen, conformado con la colaboración de un elenco de especialistas, es coordinado por dos editores científicos que se encargan de su confección, organización y orientación, así como de solicitar las colaboraciones oportunas a los investigadores que participan en el libro indicando, a su vez, los ejes fundamentales de la obra en torno a los cuales deben girar todas las aportaciones, desde la singularidad de cada una de ellas. Los editores de cada volumen acuerdan la estructura, contenidos y colaboraciones del mismo, quedando también encargados de la redacción de una introducción que sirva de presentación historiográfica, subrayando los elementos de novedad que, colectivamente, todos los autores aportan en la publicación al estado actual del conocimiento en la materia. En consecuencia, cada monográfico no se plantea como un compendio de informaciones sobre una materia sino como una aportación singular, realizada conjuntamente bajo la organización de dos editores científicos.

Cada volumen sigue un meticuloso proceso de composición y, posteriormente, de evaluación, encargada por la Secretaría de Investigaciones de la FaHCE a dos miembros del Consejo Editor de la colección y a otros dos evaluadores externos de prestigio internacional con investigaciones acreditadas en la materia específica del libro. Estos informes serán comunicados a los editores del volumen para que realicen, en su caso, los ajustes indicados en los mismos antes de su publicación.

La Plata / Santander

Oswaldo Víctor Pereyra / Tomás A. Mantecón

Índice

<u>Una mirada sobre las familias del Viejo y del Nuevo Mundo</u>	
<i>María Marta Lobo de Araújo</i>	10
<u>Introducción</u>	
<i>Ofelia Rey Castelao y Pablo Cowen</i>	21
<u>Radiografía de un impulso compartido. La historia de la familia en España e Iberoamérica (2000-2015)</u>	
<i>Francisco García González y Francisco Javier Crespo Sánchez</i>	44
<u>El hilo que nos une. Las relaciones familiares y la correspondencia</u>	
<i>Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón Núñez</i>	79
<u>Orden y desorden familiar en la emigración. El asociacionismo del norte peninsular (siglos XVII-XVIII)</u>	
<i>Alberto Angulo Morales</i>	113
<u>Vínculos familiares entre el Viejo y el Nuevo Mundo: el aparato administrativo (1674-1711)</u>	
<i>Francisco Andújar Castillo</i>	134
<u>El origen judeoconverso de la nobleza indiana</u>	
<i>Enrique Soria Mesa</i>	155
<u>Madres e hijas. Familia y honor en la España moderna</u>	
<i>María Luisa Candau Chacón</i>	186

Religiosos y religiosas. Lazos e intereses de familia en el seno del clero regular en el mundo hispánico de la Edad Moderna	
<i>Ángela Atienza López y José Luis Betrán Moya</i>	214
Familias de preladados: parientes, domésticos y comensales	
<i>Fernando Suárez Golán</i>	244
Entre la ley y la práctica. Estrategias de transmisión del patrimonio en el Río de la Plata, siglos XVIII y XIX	
<i>Bibiana Andreucci</i>	291
¿Existieron en Buenos Aires los linajes de cabildantes? Procedencia y parentesco en la dirigencia concejil porteña (1605-1726)	
<i>Carlos María Birocco</i>	311
Amor, matrimonio y procreación: sobre la teoría del amor de José Ingenieros	
<i>Cristina Beatriz Fernández</i>	341
Emociones, honra y familia. Comerciantes españoles a fines del siglo XVIII	
<i>Josefina Mallo</i>	367
Familias coloniales: vínculos, sentimientos y objetos. Mundos íntimos en una ciudad del borde del imperio español (1780-1820)	
<i>Osvaldo Otero</i>	386
Alfaro-Peñaloza-Urrejola Izarza. Las familias de la transición al temprano orden borbónico en Santiago del Estero, 1700-1750	
<i>María Cecilia Rossi</i>	426
Los autores	462

Amor, matrimonio y procreación: sobre la teoría del amor de José Ingenieros

Cristina Beatriz Fernández

Universidad Nacional de Mar del Plata - CONICET

Cuando en 1921 se fundó la Liga Argentina de Profilaxis Social, la imagen con que se identificaba la institución mostraba a Cupido sosteniendo en la mano izquierda la venda que cubría sus ojos en la iconografía tradicional, mientras levantaba una antorcha en la mano derecha, alegorizando así los peligros de caer a ciegas en una pasión amorosa.¹ Esta imagen podría representar emblemáticamente toda una zona de la discursividad del pensamiento argentino en torno a las vinculaciones entre la pasión amorosa y el orden social, una zona dentro de la cual podemos ubicar el *Tratado del amor* que el médico e intelectual José Ingenieros estaba escribiendo cuando murió, en 1925, y cuya versión definitiva fue publicada, póstumamente, en 1940.² La historia de la edición de este libro es en sí misma ilustrativa de los modos de circulación de tópicos y modos discursivos relacionados con los debates sobre las formas legalizadas de constitución familiar y la consolidación de una *raza* argentina, a la orden del día en vida de Ingenieros y en los años que siguieron a su fallecimiento.

¹ La imagen está reproducida en Miranda, 2011: 50.

² De aquí en más, *TA*.

Fernández, Cristina Beatriz (2017). "Amor, matrimonio y procreación: sobre la teoría del amor de José Ingenieros". En O. Rey Castelao y P. Cowen (Eds.). *Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Colección Hismundi, pp. 341-366. ISBN 978-950-34-1586-3

De hecho, el *TA* había nacido como una serie de conferencias sobre la psicología de los sentimientos que Ingenieros dictó en la Universidad de Buenos Aires en 1910. Unos pocos meses después, nuestro autor emigró a Europa en un gesto espectacular, derivado de un conflicto en la provisión de cargos académicos que lo llevó a enfrentarse al por entonces presidente de la Nación, Roque Sáenz Peña. Durante esos años, Ingenieros escribió libros como el famosísimo *El hombre mediocre* y, tras su regreso a la Argentina en 1915, inició la publicación de la *Revista de Filosofía*³ y de la colección de libros *La cultura argentina*, en contrapunto con la serie lanzada por Ricardo Rojas, la *Biblioteca Argentina*.⁴ Pero en 1917, una nueva colección de folletos de edición popular, *La novela semanal*,⁵ solicitó la colaboración de Ingenieros. Este recuperó los escritos de esas viejas conferencias y los adaptó para reeditarlos, en forma de artículos, tanto en *LNS* como en la *RF*. Cuando el autor falleció, su discípulo y editor Aníbal Ponce trabajó en la compilación de esos artículos en forma de libro, con miras a la publicación de las obras completas de Ingenieros, pero la muerte de Ponce durante el proceso llevó a Julia Laurencena a concluir el armado del volumen. Rastros importantes de este accidentado proceso de compilación pueden apreciarse en las secciones que figuran en el índice, elaborado por el mismo Ingenieros, pero que quedaron sin desarrollar: las secciones III y IV de la primera parte, “Eros, genio de la domesticidad” y “Eros, genio de la especie”.⁶

Biopolítica del amor

Hugo Vezzetti ha señalado en reiteradas ocasiones cómo la pertenencia o no a una estructura familiar era leída, en tiempos de Ingenieros, como un

³ En adelante, *RF*.

⁴ Sobre el proyecto editorial *La Cultura Argentina* y su definición ideológica, particularmente en contraposición con la colección coetánea editada por Ricardo Rojas, remitimos a Degiovanni (2007) y Merbilhaá (2014).

⁵ De aquí en más, *LNS*.

⁶ Algunas de esas conferencias se publicaron en revistas y colecciones de distinto tenor, entre las cuales hemos localizado hasta el momento las siguientes: *La novela semanal*, *Revista de Filosofía*, *Nosotros* y la colección de cuadernillos *Ediciones mínimas*. En la colección de *Ediciones Mínimas*, cuadernos mensuales de ciencias y letras dirigidos por Ernesto Morales y Leopoldo Durán (Lafleur, Provenzano y Alonso, 2006: 81), aparece, por ejemplo, “La intimidad sentimental” (1917). Es en *Nosotros*, por ejemplo, en el número de homenaje de diciembre de 1925, donde se publica el primer capítulo de lo que sería el *TA*, y que en una nota al pie los editores presentan como el “Primer capítulo del libro *Del amor* que Ingenieros estaba concluyendo. Es inédito”. Sobre los avatares en el proceso de edición de los artículos que darían lugar al *TA*, remitimos a Fernández (2015).

indicador de salud mental. Por otro lado, este investigador afirma que, frente a los planes de la clase dirigente argentina para gestionar la inmigración y la entera vida social,

Los escritos de José Ingenieros cambiaban radicalmente ese discurso dominado por la gestión de la población (registro biopolítico, podría decir hoy) en la medida en que hacían emerger lo negado y escindido, es decir, la libertad y los derechos en la experiencia subjetiva. En verdad producían un giro complejo, con efectos paradójicos dentro de una cosmovisión naturalista y determinista, en la medida en [que] la afirmación del amor-pasión, singular e irreductible, se enunciaba a la vez como un *derecho* que chocaba con el sistema de obligaciones que buscaban fundar un orden familiar y un orden político (Vezetti, 2012-2013: 52).

A decir verdad, la genealogía de las ideas de Ingenieros sobre el amor tiene una historia que se remonta a sus contribuciones juveniles en revistas como *La montaña*, *El Mercurio de América* o sus crónicas de viaje. Los ejes de tensión en su discurso se debían, especialmente, a la conflictividad desatada por los encuentros y desencuentros entre el amor-pasión, la legislación acerca del matrimonio y la moral social —un nudo, por cierto, ya presente en la trama narrativa de buena parte de la novelística decimonónica en sus distintas vertientes, romántica, realista o naturalista—. A esto se agregaba el afán de orientar las conductas individuales para controlar su impacto en la conformación de un orden social, sus implicancias en la procreación y en lo que era no solo un tópico discursivo sino un objetivo para la planificación biopolítica desde el Estado nacional: la conformación de una raza argentina.

En la prosa de Ingenieros, el *amor* es entendido como una forma evolucionada del instinto sexual, una experiencia individual y singular que entra en conflicto con la *domesticidad*, asociada al instinto maternal, a la defensa social y a la organización económica y legal. Como es fácil percibir, este complejo de ideas anudaba intereses propios del positivismo médico y penal, la eugenesia, el higienismo y la moral convencional. Por ello se ha dicho que en su intento de ajustar el ideal libertario a las posibilidades históricas de las instituciones, los escritos de Ingenieros sobre el amor pueden leerse “como parte de un programa avanzado de reformas sociales, educativas y jurídicas de la institución familiar” (Vezetti, 2012-2013: 56). Recordemos que los prime-

ros discursos sobre la sexualidad dirigidos a un público no experto en nuestro país se registraron en la prensa anarquista desde las últimas décadas del siglo XIX, discursos asociados a una crítica a la hipocresía social del matrimonio y al alegato en favor del amor libre (Fernández Cordero, 2014: 162). Ingenieros retomaría parte de estos conceptos en el *TA*, sobre todo el cuestionamiento a la institución matrimonial, muy en la línea de Max Nordau y de su libro *Las mentiras convencionales de la civilización*, pero no consideraba adecuada la opción por el *amor libre* que promovían las agrupaciones anarquistas.

Ciertamente, la existencia de familias irregulares era una evidencia insoportable e incluso muchas cartas escritas por miembros de estas agrupaciones familiares no legalizadas fueron empleadas como documentos para avallar el proyecto de ley de divorcio presentado por el diputado Carlos Olivera en 1902 (Sarlo, 1985/2004: 141), una ley que no pudo sancionarse a pesar de una ajustada votación. El resurgimiento de los debates sobre la ley de divorcio en los años 20 reactualizaría algunas de estas discusiones, así como la pervivencia —y eventual incremento— de las políticas eugenésicas en los años 30 revitalizarían nuevamente la lectura de publicaciones sobre el tema, entre ellas, los escritos de Ingenieros. Por ejemplo, en el número dos de la revista *Cultura sexual y física* —dirigida por el socialista español Antonio Zamora, el fundador de la editorial Claridad— de setiembre de 1937, se reproduce un texto de nuestro autor sobre “La imperfección del matrimonio monogámico” (Fernández Cordero, 2014: 172). Ejemplos como este último ilustran un rasgo que se considera distintivo de la figura de Ingenieros: su transversalidad generacional⁷ que, en el caso de este *work in progress* que fue el *TA*, le permitió dialogar con diversos públicos en distintos momentos.

En este punto, es fundamental tener en cuenta algunas cuestiones concernientes a la historia de las ideas científicas. Ya se ha dicho, en frase simplificadora pero no desprovista de verdad, que el siglo XIX fue el siglo del evolucionismo. Pero, si entre las obras célebres de Darwin habría que poner en primer plano el *Origen de las especies* y su concepto de la selección natural —centrales en los debates y estudios de la segunda mitad de esa centuria—, desde 1900 en adelante el protagonismo lo ocupó su teoría acerca del *Origen del hombre* y de la selección sexual. Este hecho marcó un cambio en los debates culturales porque repercutió en la *eugenesia*, en varias polémicas en pro de

⁷ Aspecto señalado por González (2012-2013: 78).

los derechos femeninos —como la lucha de las sufragistas o los debates por la ley de divorcio— y en una mayor preocupación médica por los roles sexuales. Pero además, en esta reorientación del debate evolucionista y su proyección sobre las cuestiones de orden social, no hay que desatender ciertos efectos de orden lingüístico. En 1866, cuando Clemente Royer tradujo el *Origen de las especies* de Darwin al francés, infiltró en su introducción algo así como un prejuicio lamarckiano al traducir *natural selection* como *élection naturelle*, lo que en francés llevó a una inevitable connotación *zootécnica* que asemejaba los procesos de *variación* biológica —obviamente aleatorios— a la meditada selección de animales para la reproducción en la esfera de la ganadería. Al parecer, el resultado fue un triple malentendido: la selección natural y la artificial se vieron como isomórficas y la selección natural de Darwin se percibió como artificial o dirigida. Además, se confundieron la selección natural y la sexual. Finalmente, la lucha y la selección fueron disociadas, y se privilegió el componente *electivo*. Como era de esperar, al producirse este efecto en la lengua francesa —la lengua de cultura por excelencia en esa época—, el efecto fue multiplicador (Glick, 1992).

La articulación de nociones como las de *amor*, *selección sexual* y *raza* es observable en algunos párrafos de Ingenieros, como el que citamos a continuación:

El amor aparece en la evolución biológica como un perfeccionamiento de la selección sexual. [...] Y aunque la noción de belleza humana varía en cada raza, es indudable que siempre implica lo contrario de ciertas inferioridades que universalmente se asocian al doble concepto de inútil y de feo: la enfermedad, la escualidez, el agotamiento, la vejez. [...] La seducción prehumana debió limitarse a la exhibición voluntaria de los propios caracteres atractivos, realizados por actitudes, gestos y sonidos más o menos provocadores; sólo en fases humanas ya sociales, los individuos en edad de ser amados adquieren el hábito de la ornamentación y de la caricia, del perfume y de la elocuencia, destinados a provocar el deseo mediante la excitación de los sentidos (TA: 271).

Para Ingenieros, el amor cumplió un rol central en el proceso de humanización y, en etapas en que actuaba “Libre de coerciones domésticas y sociales, el amor fue el más poderoso factor de selección sexual” (TA: 273). Esas coer-

ciones hacen referencia, en su pensamiento, a la “domesticidad familiar”, que restringe al hombre, y a la “esclavitud matrimonial”, que hace lo propio con la mujer (TA: 272).

La solución a ese estado de cosas propugnada por él radica en lograr que la eugenesia natural —no artificial o dirigida— desplace a las coerciones sociales en la elección conyugal. Un punto en que Ingenieros buscó articular la pasión amorosa con criterios eugénicos. Recordemos que la eugenesia —del griego *eu-genes*, buen linaje— fue definida por Francis Galton en 1883 como una ciencia aplicable al cultivo de la raza, en el orden humano, animal y vegetal. Esta doctrina se concentra “en la heredabilidad de las cualidades, es decir en la transmisibilidad a los descendientes de las diversas características valiosas o disvaliosas atribuidas a un individuo, y encargada de legitimar el diseño de diversas biopolíticas vinculadas a la reproducción” (Miranda, 2011: 34-35). En cuanto a la recepción y el impacto de esta disciplina en Argentina, consistió en un fenómeno cultural metapartidario y de larga duración. Así lo demuestran los nombres de quienes participaron en 1921 en la fundación de la Liga Argentina de Profilaxis Social y en su junta consultiva, entre los cuales estaban Emilio R. Coni, Joaquín V. González, Estanislao S. Zeballos, José Ingenieros, Gregorio Aráoz Alfaro, Alfredo L. Palacios o Augusto Bunge (Miranda, 2011: 189).

El discurso eugenésico y su retórica científicista permitió acercar, a su vez, distancias ideológicas que de otro modo hubiesen sido insalvables, en virtud de un consenso básico sobre la salud y la procreación como bienes jurídicos que debían protegerse y en el nombre de saberes que hoy se consideran seudocientíficos pero que en los años de la Primera Guerra Mundial y el período de entreguerras subsiguiente contaban con el aval de figuras prestigiosas del campo científico.⁸ Estas cuestiones tuvieron mucho predicamento en un contexto donde la *célula familiar* pasó a cifrar la articulación entre lo privado e individual y lo público y social, “crisol de la raza y reservorio de la salud colectiva” (Vezzetti, 1986: 5). Por eso, con sustento en la eugenesia se desa-

⁸ En su defensa de la necesidad de estudiar la historia de la eugenesia en sus formas previas a lo que fue su apropiación por parte de la ideología y la política del nazismo, Nancy Leys Stepan advierte sobre un procedimiento recurrente en la metodología de la historia de la ciencia: “Historians of science [...] have a strong tendency to dismiss ideas that later seem obviously biased or hopelessly out of date as *pseudoscientific*. Calling eugenics pseudoscientific is a convenient way to set aside the involvement of many prominent scientists in its making and to ignore difficult questions about the political nature of much of the biological and human sciences” (Lays Stepan, 1991/1996: 5).

rollaron campañas antivenéreas, como la emprendida por la Liga Argentina de Profilaxis Social. Y es que el tema era central en varios países occidentales, de *raza blanca*, cuyas élites dirigentes veían con preocupación tanto la reducción progresiva de los índices demográficos de nupcialidad y natalidad como una fuerte correspondencia entre soltería y donjuanismo, lo que condujo a una solidaridad de sanciones entre el castigo ultraterreno a los pecados de la carne y la condena —eugénica y bien terrenal— al denatalismo. El problema implicaba no solo una decadencia general de la *raza blanca*, vaticinada por figuras como Oswald Spengler, sino también una reducción del poder militar, económico y político de la nación, así como la desintegración de la familia y de sus valores tradicionales (Miranda, 2011).

Como bien ha señalado Michel Foucault, el análisis de las conductas sexuales y de la procreación es, también, una cuestión concerniente a la política poblacional, en el límite entre lo biológico y lo económico. Por eso suelen articularse condicionamientos morales, religiosos y hasta fiscales para convertir el comportamiento sexual de las parejas en una conducta política y económicamente deseable, que incluso en buena parte de los siglos XIX y XX, justificó diversas formas de racismo (Foucault, 1976/2014: 19). Sintetizando sus conclusiones, se pregunta el estudioso francés:

Toda esa atención charlatana con la que hacemos ruido en torno de la sexualidad desde hace dos o tres siglos, ¿no está dirigida a una preocupación elemental: asegurar la población, reproducir la fuerza de trabajo, mantener la forma de las relaciones sociales, en síntesis: montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora? (Foucault, 1976/2014: 39).

En este marco se destaca la singularidad de una reflexión como la de Ingenieros, en su afán de participar en estos debates sin obliterar “una consideración crítica de los conflictos entre amor y domesticidad” (Vezzetti, 1986: 10), dos nociones que el autor del *TA* califica como “mitos”, es decir, construcciones culturales que obstaculizan la comprensión de los fenómenos naturales que, siempre en su opinión, están en su base:

Los naturalistas, presionados por las preocupaciones morales corrientes en las sociedades civilizadas, han caído en la tentación de mezclar el amor, la maternidad y la familia, formando con esas tres cosas distintas

un solo mito verdadero. Y el vulgo ilustrado, defiriendo a prejuicios tradicionales que han viciado el saber humano, cree sinceramente que del *amor* entre los padres ha surgido la *familia* para *amar a los hijos* (TA, 276, destacado del autor).

Consecuente con su propósito desmitificador, procurará explicar cómo nace el amor, viendo la cuestión desde una perspectiva biopsicológica tendiente a esclarecer la formación de un *ideal*: “El *ideal de amor* es una hipótesis individual, más o menos consciente, acerca de la mayor perfección eugénica complementaria” (TA, 268). Sin embargo, este *ideal de amor* excede la mera función reproductora: “Admiración, deseo, esperanza, ideal, ilusión, representan fases distintas en que puede descomponerse analíticamente el sentimiento de amor y que permiten distinguirlo de la simple preferencia instintiva para la fecundación” (TA, 267).

De este modo, explica cómo funciona el amor en términos psicobiológicos y pone en relación las ventajas del progresismo social con el mejoramiento de la especie humana. Si el ideal de amor es, por ejemplo, un joven sano e inteligente pero una niña de la sociedad elige a un hombre mayor o no tan inteligente por razones de fortuna, la razón está —nos dice Ingenieros— en una coerción social que obstaculiza el desenvolvimiento natural de ese ideal de amor que, libre de presiones sociales, hubiera optado por el primero. Si, según su definición del asunto, “[a]mar implica elegir para procrear mejor”, entonces “el sentimiento amoroso es un instrumento natural de elección” que desarrolla “la preferencia por un cónyuge en quien se presume realizado el ideal eugénico complementario” (TA, 269).

Pero ahí estaba la evidencia empírica para demostrar que, en la realidad, la descendencia del ser humano no siempre coincidía con ese “ideal eugénico” y que existían muchas uniones que difícilmente daban lugar a una procreación selectiva, según los estándares ponderados por los eugenistas de la hora. Nuestro autor explica esta situación introduciendo el concepto de una “ilusión de amor” en la especie humana, que vendría a suplantar circunstancialmente al verdadero “ideal de amor” y que explicaría esos fallos electivos:

La ilusión de amor es un error de juicio que hace atribuir al ser deseado los caracteres de perfección tipificados en el ideal del amador. Si el ser humano fuese puramente lógico y racional, solamente se enamoraría de

los cónyuges menos imperfectos que estuviesen a su alcance; pero el ser humano es habitualmente ilógico e irracional, lo que le induce a juicios erróneos sobre el valor de los individuos del sexo complementario.

Bajo la influencia de tensiones orgánicas instintivas o de sugerencias sociales coercitivas, la imaginación individual se puebla de larvas y quimeras que deforman su lógica, haciéndole incurrir en razonamientos afectivos que perturban su lucidez de juicio y en un momento dado le hacen admirar como cónyuge eugénico a un individuo exento de los caracteres anteriormente sintetizados en su ideal.

Dada la escasez de tipos excepcionales en una especie, peligraría la existencia de ella si solamente ellos fuesen preferidos para la fecundación. Conviene a la especie que la casi totalidad de sus individuos *se equivoque en la época oportuna* y se decida a fecundar cónyuges que no son modelos eugénicos, pero en un momento dado producen *la ilusión* de corresponder al ideal (TA: 268-269; la cursiva es nuestra).

Estas *equivocaciones* útiles para la supervivencia de la especie, pero coyunturales, explicaban por qué, en términos biológicos, la monogamia era infrecuente, si no imposible. La posibilidad de cambiar de cónyuges a lo largo de la vida está demostrada *de facto* en la especie humana, sostiene Ingenieros, incluso tomando como ejemplo los pueblos de raíz cristiana, en los que el matrimonio monogámico contractual, si bien rige las relaciones económicas familiares fundadas en la propiedad privada, no existe como tal en las costumbres: “Es el derecho, pero no es el hecho”. Lejos de lamentar la persistencia de formas de asociación sexual más libres o primitivas, “más o menos disimuladas por la hipocresía moral”, Ingenieros interpreta esa situación como un testimonio de que “la ley, impuesta por los hombres para defender su propiedad privada, no ha satisfecho las necesidades de la selección sexual y del instinto maternal”. Se confunden aquí las razones biológicas con la crítica al matrimonio entendido como una institución social y económica, cimentada en la defensa de la propiedad privada. Si la familia moderna adolece de fallas como “la indisciplina filial” —hijos que se casan contra la voluntad de sus padres—, el adulterio o la poligamia en formas no oficiales —hombres con familias y amantes, por ejemplo— todas ellas son síntomas de “la imperfección de un régimen familiar que se ha constituido relegando a segundo plano las exigencias del amor y de la maternidad” (TA: 301).

Siguiendo su razonamiento, Ingenieros profundiza su distinción entre el amor y la ilusión de amor:

sería justo decir que *el amor es una verdad vital* conveniente para la selección de los individuos, mientras que *la ilusión de amor es una mentira vital* conveniente para la conservación de la especie.

La sustitución del amor por la ilusión de amor, conveniente para que los individuos se deseen en el momento oportuno, tiene ulterioridades incompatibles con la unión perpetua; la desilusión, inmediata o tardía, disipa las esperanzas de felicidad que el individuo pudo tener cuando se turbó su lucidez mental. Advertida la discordancia entre el cónyuge real y el cónyuge ideal, la ilusión de amor se desvanece y nace naturalmente el deseo de encontrar otro ser que corresponda al ideal no satisfecho.

Ese derecho de amar, persiguiendo el propio ideal, ha sido gradualmente suprimido por la familia y por la monogamia indisoluble. Esta circunstancia ha modificado las consecuencias de la ilusión de amor para los individuos, sacrificándolos a la domesticidad permanente por un error sentimental cometido una sola vez (TA: 269).

De estas citas precedentes, plagadas de referencias a la especie y su conservación, se desprende que el *amor*, y el *ideal* que orienta su búsqueda, está centrado en la función reproductiva, lo que instala la cuestión eugénica. Al resultar impensable, en el discurso de Ingenieros, la formación de uniones amorosas que no tengan en sus miras la procreación, se revela una vez más la importancia que tiene en su pensamiento el factor *productividad*. Por eso, cuando defiende el matrimonio de amor por sobre el matrimonio de conveniencia, no es que abogue por alguna forma de la unión libre “cuya consecuencia es reemplazar los actuales deberes y derechos legales de los cónyuges, por simples obligaciones morales” y que no sería otra cosa que “un nuevo privilegio en favor de los hombres, una causa más de inferioridad para las mujeres y los hijos”. Simplemente está exigiendo un sinceramiento de las relaciones amorosas, para lo cual considera imprescindible la simplificación progresiva del divorcio y la capacitación civil de la mujer. De esta forma se “elimina la tiranía del hombre” y el matrimonio sería la forma de asegurar, mejor que la unión libre, “la protección de los hijos, objetivo esencial de la familia” (TA: 301).

El matrimonio de amor se convierte, en su propuesta, en una institución capaz de anudar el progresismo social con las ventajas de la eugenesia, aunque se trata, vale aclararlo, de un progresismo distante de formas de socialización anárquicas y de una eugenesia natural, no forzada por tecnócratas, lo que iría en contra de las conquistas de los derechos individuales de los hombres y mujeres *modernos*. Es por ello que Ingenieros se permite vaticinar que será “la naturaleza misma” la que “se encargará de obtener los resultados que persiguen los eugenistas” (TA: 335). Pero desbrozar el camino para que tenga lugar ese proceso natural requerirá de una nueva educación que quite las vendas colocadas sobre los ojos de varias generaciones atrapadas en los dogmas religiosos y las convenciones sociales:

todo obliga a pensar que una nueva educación, adecuada a las futuras relaciones familiares, elevará considerablemente el ideal amoroso de los individuos, aproximándolo a las verdaderas conveniencias eugénicas. Sobre las ruinas de la selección doméstica y matrimonial renacerá nuevamente la selección sexual poderosamente fortalecida por el sentimiento electivo individual, por el amor.

La humanidad podrá superarse a sí misma cuando el derecho de amar sea restituido a su primitiva situación natural [...] Renacerá entonces la posibilidad de que el amor determine una nueva variación ascendente de la especie (TA: 336).

Es totalmente coherente con las matrices básicas del pensamiento de Ingenieros que la “selección sexual” y el “ideal amoroso” que es su necesario correlato psicológico, de los cuales dependen la pervivencia y evolución de la especie humana, radiquen, en última instancia, en un privilegio de la individualidad por sobre cualquier forma de coerción social, costumbre atávica u opinión defendida por las masas. Por eso se habla de “derecho”, no en nombre del orden social o su defensa sino en atención a la expansión de la voluntad individual, que se confunde con el verdadero mecanismo de superación de la “especie”.

Del gobierno espiritual de las pasiones

Líneas arriba mencionamos que Ingenieros comenzó a publicar los artículos que hoy integran el TA a pedido de LNS. Su colaboración con esta co-

lección de novelas cortas se concretó a partir del número siete, de diciembre de 1917. En la carta que precede a su contribución, dirigida a los editores que gentilmente lo habían invitado, Ingenieros se excusa por su falta de talento y experiencia literarias pero estima conveniente comprometer su nombre en esa empresa porque entiende que las publicaciones literarias en forma de folletos, por su accesibilidad económica, colaborarían en la incorporación del público a la lectura y desempeñarían, en consecuencia, una “verdadera función de gobierno espiritual” (Ingenieros, 1917: 3).

A esta altura conviene repasar someramente algunos rasgos de la colección *La novela semanal*, que siguió una modalidad iniciada por revistas como la española *El cuento semanal*, fundada en 1907. En primera instancia se vendían en América las colecciones españolas, pero luego esos proyectos fueron imitados por el mercado editorial local. Dirigidas a un público amplio, estas colecciones ofrecían textos narrativos y teatrales, adaptaciones o traducciones de obras extranjeras y también obras de producción nacional. *LNS* apareció en noviembre de 1917, dirigida por Miguel Sans y Armando del Castillo. Al principio, la revista era un cuadernillo de papel de escasa calidad, de menos de 30 páginas, sin ilustraciones —excepto en lo que hace a los avisos y la foto del autor que iba en la tapa— y con poca publicidad, que más tarde incrementó el número de páginas y agregó nuevas secciones, hasta convertirse, a fines de 1926, en una revista de gran formato, con notas fotográficas y portadas a color. Recién entonces el precio subió de 10 a 20 cts. Como parte de la oferta diversificada de magazines y revistas para un público masivamente alfabetizado, *LNS* fue la primera y más exitosa colección de un género que incluyó, solo en Argentina, más de veinte proyectos editoriales de perfiles semejantes. Como bien señala Margarita Pierini, es una simplificación identificar *novela semanal* o *novela popular* con *novela sentimental*, pues hay en la colección una pluralidad de géneros. También desde el punto de vista de los autores la publicación era diversa, pues incluía a figuras como Ricardo Rojas, Luigi Pirandello, Hugo Wast, Mario Bravo, Josué Quesada o Alejo Peyret, junto a nombres que se estaban iniciando en la literatura o seudónimos de difícil clarificación hoy en día. Algunos números eran reeditados ante la demanda suscitada por el público. Entre los escritores más convocantes estaban Josué Quesada, Juan José de Soiza Reilly, Pedro Sonderenguer, Belisario Roldán, Hugo Wast, Arturo Cancela y el mismo José Ingenieros. La inclusión de este último y de algunos otros autores podría pensarse como parte de la estra-

tegia de la colección para *nacionalizar* la literatura que ofrecía, pues, como quedó dicho, muchas veces recurría a la adaptación de literatura extranjera, sobre todo española, para cumplir con el compromiso semanal. Asimismo, podría explicarse como un recurso para prestigiar la colección con firmas importantes —recordemos, en sintonía con esto, que al final de cada *nouvelle* se reproducía la firma autógrafa de los autores—. Durante los primeros años, la novela corta ocupó todo el número, pero a partir de 1922 se incorporó un relato policial y algunas notas críticas o costumbristas de actualidad. Precisamente en ese año comenzó a publicarse, en esta sección agregada, *Las fuerzas morales* de Ingenieros, en cinco entregas. Más adelante se incluirán notas de cine e incluso modelos de alta costura, hasta que, a partir de 1934, la revista se convirtió en *La Novela Semanal Femenina*, que salió hasta el año 1954.⁹

La primera contribución de Ingenieros consistió en el escrito sobre “Werther y don Juan”, en el cual utiliza personajes literarios como “tipos psicológicos” para caracterizar las diversas personalidades sentimentales. Ya ha sido señalado en reiteradas oportunidades el peso de la tradición literaria en la constitución del *TA*. En primer término, el propio autor apunta a la influencia del clásico libro de Stendhal, titulado *Del amor*, que prometía ofrecer una “psicología del amor” (Stendhal, 1822/1996: 90).¹⁰ Con idéntico objetivo, Ingenieros procurará ofrecer una explicación de base biológica para la formación de los *ideales de amor*, cuya comprensión más completa exige una atenta lectura de sus *Principios de Psicología*.¹¹ Pero al enfoque psicológico y

⁹ Para la síntesis sobre la revista, seguimos a Pierini (2004).

¹⁰ El escritor francés elabora allí una teoría acerca del ideal y el proceso de su formación, representado mediante una metáfora inspirada en el fenómeno de *cristalización* de la sal, que había observado en un viaje a las minas de Salzburgo. Pero, mientras Stendhal es consciente de estar empleando un tropo, Ingenieros anhela, por el contrario, la precisión literal del lenguaje científico. No obstante, hay notables semejanzas entre la *abstracción* a partir de la experiencia con que Ingenieros explica el proceso de formación del *ideal* y la “cristalización” de atributos percibidos en el sujeto amado en la *teoría* de Stendhal. Ya señalamos que un fragmento del *TA* fue publicado como avance por la revista *Nosotros*, en el año de la muerte de Ingenieros, donde se anunciaba que el título del libro era *Del amor*, es decir, un título homólogo al del clásico libro de Stendhal.

¹¹ Los *Principios de Psicología* fueron publicados inicialmente como capítulos en la revista *Argentina médica* (1910) y reunidos por primera vez en un volumen especial de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, bajo el título de *Psicología genética (Historia natural de las funciones psíquicas)* (1911). Las ediciones de Madrid (editorial Jorro) y París (Félix Alcan) se titularon *Principios de psicología biológica*. Hubo una cuarta edición alemana. La quinta y sexta, consideradas definitivas por el autor, fueron hechas en Buenos Aires por Rosso, ya con el título actual (la sexta es de 1919 y en ella se basa la edición de las obras completas). Sobre el proceso conceptual y retórico

eugénico se le suma una perspectiva sobre el sentimiento amoroso de filiación estético-literaria. Esto tiene su razón de ser en el hecho, formulado en su clásico libro *El hombre mediocre*, de que la dimensión estética de la pasión amorosa tiene potencialidades favorables para la consolidación de la personalidad moral:

El hombre incapaz de alentar nobles pasiones esquivo el amor como si fuera un abismo; ignora que él acrisola todas las virtudes y es el más eficaz de los moralistas. [...] Ignora las supremas virtudes del amor, que es ensueño, anhelo, peligro, toda la imaginación, convergiendo al embellecimiento del instinto, y no simple vértigo brutal de los sentidos (Ingenieros, 1913/1962: 94).

El “embellecimiento” del instinto resulta, evidentemente, un criterio estético que no solo no se contrapone sino que legitima los criterios eugénicos que están en la base del instinto amoroso. A su vez, legitimar la pasión apelando a criterios estéticos, mientras desarrolla un discurso de ribetes científicos, éticos y biopolíticos, es uno de los aspectos que lo llevan a sintonizar con el modernismo y el decadentismo (Sarlo, 1985-2004: 121; Vezzetti, 2012-2013: 53). En consonancia con esto, la inclusión de temas y figuras literarios estará presente en las secciones del *TA* que fueron publicadas en primer término, pero también en la versión final, el libro del que disponemos hoy. En las primeras páginas del volumen, efectivamente, se propone analizar el rol del sentimiento amoroso en el proceso de humanización apoyándose en fuentes mitológicas y filológicas. El plan es arribar a la filosofía y a la fisiología en su conceptualización del amor, partiendo de la mitología comparada y la filología. Por ello, bajo el título de “Metafísica del amor”, esa primera parte se basa en estudios de mitología comparada, reforzados con información filológica, para ofrecer una perspectiva antropológica e historicista acerca de los mitos relacionados con el amor y la fertilidad. Es interesante que ya en estos capítulos iniciales aparezca el conflicto entre amor y domesticidad, a través de un análisis de los relatos homéricos:

Es completamente ajena al amor la leyenda de Penélope —la tejedora— bellísima, deseada por todos, esposa fiel que espera la vuelta de Ulises.

que permite entender los *ideales* en términos naturales, un proceso que Ingenieros desarrolla tanto en el *TA* como en los *Principios de Psicología*, remitimos a Fernández (2008).

La fidelidad de Penélope expresa el cumplimiento del deber conyugal, que le impide ser propiedad de otro hombre mientras no esté segura de la muerte del propietario actual. ¿Qué otra moralidad puede contener la fábula nacida en un ambiente de patriarcado poligámico, en que las esposas son raptadas, compradas, regaladas y tienen en su hogar la situación de favoritas como esclavas? [] Sólo la moral patriarcal puede beneficiarse de que la fidelidad de una sierva sea confundida con el amor de una mujer dueña de su corazón (*TA*: 240).

Más adelante, Ingenieros llegará a analizar las formas de la literatura moderna, particularmente la novela, que es empleada como justificación de sus argumentos. Y es que la articulación de nociones como amor, familia, descendencia o propiedad no era exclusiva de los mitos antiguos, sino un tópico clásico de la novela europea, del cual no quedó ajena la novelística latinoamericana. Como señala Susana Zanetti:

La novela ficcionaliza una constelación de lectores y de situaciones de lectura que tienden puentes peculiares entre literatura y vida. De allí también que difícilmente renuncie a intervenir, sobre todo durante el siglo XIX, aunque especialmente en su segunda mitad, y hasta avanzado el siglo XX, en las discusiones acerca de los modelos de familia, genéricos y sociales convenientes para naciones que cumplen o buscan una rápida modernización (Zanetti, 2002: 14).

Entonces, si reparamos en que los primeros fragmentos publicados del *TA* aparecieron en una colección como *LNS*, podríamos pensar que se trataba de otra modalidad del género novelístico cuya misma existencia sería impensable si no fuese como producto de ese proceso de modernización y que de algún modo seguía pretendiendo intervenir en la esfera pública ofreciendo modelos —consolidados o alternativos— para la construcción de un imaginario sobre lo familiar. Recordemos que un porcentaje importante de la colección consistía en *novelas sentimentales*, estructuradas sobre la base de lo que Beatriz Sarlo denominó una *narrativa de la felicidad*: una compensación simbólica a las injusticias sociales que no requería la transformación en profundidad del orden social, sino apenas la concreción de objetivos personales —el amor, el matrimonio, el ascenso social (Sarlo, 1985-2004: 22).

Si se mira la cuestión desde los cánones de la tradición literaria, es evidente que estas colecciones, en alguna medida, estaban *atrasadas* en relación con las innovaciones formales y temáticas introducidas, por ejemplo, por las vanguardias que les eran coetáneas. Por eso se ha dicho que es una literatura “que se remite toda al pasado” (Sarlo, 1985-2004: 20, 29). Pero la pervivencia de ciertas formas lingüísticas y tramas argumentales de fácil reconocimiento podía garantizar un horizonte de comprensibilidad no desdeñable para la tarea de “gobierno espiritual” que Ingenieros le asignaba a esta empresa editorial. Además, la literatura con la que Ingenieros dialogaba en su *TA* no era, precisamente, la vanguardista, sino que no sobrepasaba las formas canónicas de la novela decimonónica.

La operación efectuada por Ingenieros al participar en publicaciones como *LNS* o al recurrir a la literatura como un elemento en su argumentación psico-sociológica, lo coloca en una zona de frontera entre el discurso científico y la literatura. Un desplazamiento disciplinario que si bien podía resultar productivo desde cierto ángulo, era sospechoso, desde otra perspectiva, por su falta de adecuación al método científico estricto. Fue Rodolfo Senet, por ejemplo —el pedagogo y propulsor de la psicología experimental— quien, al comentar en 1919 un artículo que luego integraría el *TA*, señaló su pertenencia al campo de la literatura.¹² Pero es sabido que la psicología cumplió un rol de articulación de diversos saberes en el período, y que en gran medida Ingenieros autorizaba sus intervenciones en materia sociológica respaldándose en esos saberes, aspecto que ha sido bien señalado, entre otros, por Oscar Terán en sus clásicos estudios.¹³ Lo que posibilitaba, en gran medida, el pasaje de la psicología a la literatura —y viceversa— era la clase de lectura a la que era sometido el personaje, leído como representación arquetípica de una persona, algo de lo cual encontraremos también ejemplos célebres en algunos textos de Sigmund Freud.

Uno de estos casos ejemplares será el tratamiento como figura representativa o arquetípica del personaje de Don Juan, un verdadero dolor de cabeza

¹² En julio de 1919, se publicó simultáneamente en la *RF* y en *LNS* la conferencia “Cómo nace el amor”. En un comentario sobre ese escrito de Ingenieros, publicado en la misma *RF* años después, Senet afirma, resumiendo su valoración: “En este trabajo no hay más material científico que la experiencia personal del autor y el obtenido de las lecturas de obras puramente literarias; por eso afirmo que es más literario que científico, y, en este sentido, su lectura resulta realmente agradable” (Senet, 1926: 125).

¹³ Véase especialmente el “Estudio preliminar” a Terán (1986: 7-104).

para los eugenistas, quienes le dedicaron al pícaro personaje varios estudios, como lo ilustra el caso del médico y ensayista español Gregorio Marañón. Ingenieros, por su parte, enfrentará a Don Juan con otro personaje emblemático: el joven Werther. Ocurre que para nuestro escritor, el suicida Werther ejemplificaba, en su actitud autodestructiva, lo que los eugenistas consideraban como una amenaza: el denatalismo. En otros términos, el amor romántico a la Werther terminaba en la no procreación, en la improductividad. Ahora bien, con Don Juan podía claramente ocurrir lo mismo, a pesar de su actitud activa y exitosa en materia sentimental. Por eso hay un subtítulo de la conferencia publicada en 1917 que se llama “Ni Werther ni Don Juan”. Pero ocurre que al final de esta primera versión, publicada, como dijimos, en *LNS*, hay un párrafo significativo, ausente del libro e incluso de la versión del mismo artículo editada en la *RF* en 1924. Dice Ingenieros en 1917:

El primer derecho de la vida es continuarse, indefinidamente. Los amores trágicos de Werther conspiran contra la humanidad, esparciendo en el mundo el *miedo de amar*; contra ese miedo se rebela incesantemente la *necesidad de amar*, simbolizada en Don Juan.

En la vida humana, como en la naturaleza, cada estación tiene sus frutos; justo es que Don Juan encuentre su camino al terminar su alegre primavera. El que sabe amar no debe morir como el suicida; llegado al estío sus sentimientos evolucionan, asegurando la perennidad de sus más nobles atributos. Nada hay en su psicología que se oponga a esa interpretación optimista. Del mejor amante la naturaleza hace el más tierno padre, para que renazca en sus hijos y les transmita la antorcha que alumbra el devenir eterno de la vida. Así podemos concebir a Don Juan convertido en el simbólico Pelícano: capaz de rasgarse el pecho y desangrarse para alimentar a sus hijos (Ingenieros, 1917: 24).

Esta metamorfosis de Don Juan en un sujeto eugénico es realmente notable, sobre todo si se tiene en cuenta que este párrafo desaparece en versiones posteriores del *TA* y que en otras secciones encontraremos, incluso, afirmaciones de tenor netamente opuesto, como la siguiente.

Nada importa a la sociedad sacrificar la personalidad de los padres; su único interés está en la crianza de los hijos.

Si los individuos pudieran advertir que al contraer matrimonio sacrifican su personalidad individual a la sociedad, los enamorados se resistirían a formar familia por respeto recíproco; ninguno, mujer u hombre, aceptaría una prueba de amor que significase una inmolación. Limitado el derecho de amar por la exclusividad y la perpetuidad, es probable que los individuos más eugénicos se sustrajeran a la reproducción; sería natural y lógico que hombres y mujeres renunciaran a amar, para no aceptar hasta la muerte las cargas de la domesticidad. Las personas enteramente *razonables* preferirían la castidad al amor; quedaría para los aturdidos y los insensatos la tarea de soportar los penosos deberes de criar y educar hijos, que todos los padres consideran *sacrificios* aunque algunos hipócritas los llaman *encantos*, para no pasar por zonzos (*TA*: 311; destacado del autor).

Siempre fiel a sus intereses filológicos en la búsqueda de precisión conceptual, el autor llegará a sostener que:

Para que el engaño de los individuos sea más perfecto, el sentimiento de domesticidad suele ser disfrazado con el equívoco nombre de *amor conyugal*. Este sentimiento nada tiene que ver con el amor, lo mismo que el amor maternal, fraternal, filial, etc.; se trata de peligrosas extensiones que nublan el concepto. El *amor conyugal* es un sentimiento de solidaridad y cooperación entre los cónyuges, para el mayor beneficio de los hijos. Es la domesticidad, estrictamente, que ya hemos enseñado a distinguir del amor (*TA*: 313, nota 4).

¿Cómo entender, entonces, el sentido implicado en ese último párrafo de la conferencia publicada en 1917 en *LNS*? Allí Don Juan no es solo un sujeto eugénicamente positivo sino que ha sido *domesticado* al punto de entrar en sintonía con esa moralizante *narrativa de la felicidad* que, si bien no era la tónica excluyente en *LNS*, era dominante en la colección, tal como apuntamos líneas arriba siguiendo a Beatriz Sarlo.¹⁴ Frente al pesimista, improductivo y suicida Werther, Don Juan se convierte así en la figura heroica que posibilita el *final feliz*, metaforizado en ese pelícano que lo convierte de lúdico seductor

¹⁴ Una concesión interesante si se tiene en cuenta que, quince años después, el mismo Ingenieros pondría en crisis su rol familiar como *padre proveedor*, en la búsqueda de un *cuarto propio* para dedicarse a su proyecto intelectual, según lo ha analizado Laura Fernández Cordero a partir

en garantía de saludable paternidad para el futuro de la especie humana. En ese punto, Ingenieros parece oficiar como uno de los tantos autores de esas novelas decimonónicas cuyos rasgos genéricos fueron adaptados —en algunos casos, simplificados— al formato casi folletinesco de *LNS*, pero que no por ello dejaban de aspirar a intervenir en el espacio sociocultural ofreciendo modelos vitales, como queda claro en la cita de Zanetti transcrita líneas arriba y en la propia noción de “gobierno espiritual” que Ingenieros atribuye a la colección.

Y es que parece razonable aceptar que una colección de difusión masiva como *LNS* —que vendía 200.000 ejemplares, según consta al pie de las portadas, en la época en que publicaba Ingenieros— cumplió también, en el contexto urbano de la segunda y tercera décadas del siglo XX, con ese rol de intervención en el campo social que reflexionaba sobre la familia y la sociedad en la nación argentina moderna. Además, la circulación de sus escritos en folletos involucraba un espectro de público ampliado y diversificado en comparación con los lectores posibles de revistas como *Nosotros* o la *Revista de Filosofía*, por ejemplo, sin hablar de la expansión de su potencial efecto social, medido en relación con el proporcionalmente reducido público inicial de estos escritos: los asistentes a las conferencias universitarias.

Pero además de la ampliación del universo de lectores para la divulgación de sus ideas, la incursión en el terreno de la literatura le permite establecer un vínculo con un discurso todavía prestigioso —el de la novela— para reforzar su defensa de la pasión amorosa. Por un lado, Ingenieros entiende la pasión amorosa como una exacerbación del sentimiento electivo que tiene su base en las demandas eugénicas de la especie humana. Demandas eugénicas que muchas veces se enfrentan a la artificialidad de convenciones sociales y en cuya denuncia encuentra un aliado: la *novela de folletín*, que también hacía un tópico de su defensa de la pasión contra los intereses sociales y la hipocresía organizada. Por eso se ha señalado una relación entre el folletín popular y la teoría del amor de Ingenieros, relación sostenida en una retórica común (Panessi, 2001). Lo que en la novela rosa es un tópico de raíz romántica —el amor que lucha contra la razón o la conveniencia—, en Ingenieros aparece como una irrupción del orden biológico lo suficientemente intensa como para horadar el orden social y sus convenciones artificiales, es decir, no naturales. Por eso, completando una interpretación eminentemente na-

de un estudio cruzado de su correspondencia con Eva Rutenberg (Fernández Cordero, 2012-2013).

turalista, nuestro autor reconoce que el prejuicio social oculta los instintos biológicos básicos, pero no ve en ello un avance en el proceso civilizatorio sino, por el contrario, un indeseable freno artificial a la eugenesia natural. De modo que el sinceramiento de las relaciones amorosas y sus consecuentes asociaciones domésticas no haría más que responder al curso normal de la naturaleza, lo cual, a la larga, sería también conveniente para el orden social. Un aspecto que, de algún modo, era el motor narrativo de muchas *novelas rosas*: la legitimación de pasiones *sinceras*, aunque socialmente inconvenientes o poco ortodoxas.¹⁵

Lo que está claro es que en su defensa de Don Juan frente a Werther, el argumento hubiese quedado incompleto de limitarse a la presentación de un personaje cuyo talento amatorio no derivase en la productividad de la descendencia. Como dice en otra parte del *TA*: “El amante extraordinario carece de función social; un amor sublime interesa a la persona amada, pero no a la sociedad” (*TA*: 240). En ese punto Ingenieros se diferencia de Stendhal, quien prefería al idealista Werther frente al práctico Don Juan. Esto era inadmisibles para el autor del *TA* porque el personaje de Goethe está marcado por una pasión que conduce a la *esterilidad* y, dada la alta misión reproductora y eugénica que le asigna al *ideal de amor*, la proliferación de enamorados como el joven Werther sería fatídica para la humanidad. Por el contrario, Ingenieros sostiene que el exceso de *imaginación* de Werther es negativo porque no pasa a la acción, a diferencia del ejemplo de voluntad y valor que es Don Juan. Lo antedicho se justifica con una hipotética preferencia del personaje de Carlota, la amada del joven romántico y suicida: “Don Juan, más sencillo y más humano, habría hecho feliz a Carlota. ¿La pena de ser engañada por Don Juan habría sido más grande que el remordimiento de asesinar a Werther? La pregunta parece una tontería” (*TA*: 344). La referencia al personaje de Carlota como

¹⁵ Sobre este tema, remitimos a Sarlo (1985-2004: 117). Ingenieros parece querer decir que la pasión no es en sí antisocial, aunque, de acuerdo con lo señalado por Sarlo, es justamente el desafío a las normas sociales lo que convierte a toda pasión en *literariamente interesante* y al amor en un impulso narrativo prácticamente inextinguible, como bien lo sabían los autores de las narraciones de los folletines y las novelas semanales (Sarlo, 1985-2004: 119). Respecto de la retórica de Ingenieros en el *TA* y su afinidad con la novela de folletín, Jorge Panessi (2001) ha observado: “Habría que dar una vuelta más de tuerca en esta relación entre folletín popular y teoría del amor: lo que permite el *cruce de fronteras* es una lengua común. Ingenieros en el *Tratado del amor* habla el mismo lenguaje folletinesco de las novelas del corazón. Piensa su teoría del amor narrativamente, en el registro del folletín. [...] En una hora, en un minuto, puede jugarse el destino de una vida’ –afirma con el mismo patetismo de las novelas”.

una suerte de árbitro que debe elegir entre los dos personajes ficcionaliza el rol biológico y social de los sujetos femeninos, que, desde Darwin, eran vistos como determinantes en la selección intersexual. Quizá pueda verse allí un punto de disidencia con la masa de narraciones publicadas en la colección en las cuales la “*cuestión femenina* aparece [...] sólo como cuestión de los afectos” (Sarlo, 1985-2004: 23). El hecho es que el pensamiento de Ingenieros sobre el amor nunca abandonó una marca de origen tributaria del pensamiento libertario y ya presente en sus primeros escritos sobre el tema. Eso posibilitó una articulación llena de matices entre la sacralización de las funciones reproductivas —a lo que nunca se renuncia—, la consecuente tipificación de la figura femenina en su rol maternal y el concepto de *amor* que se va construyendo en el *TA*. Como bien han señalado Pablo Ben y Omar Acha, en Ingenieros la noción de *lo moral* es equivalente a *lo normal*, y en ese marco, la función decisiva de la mujer es la procreativa (Ben y Acha, 1999). Pero además, muy en línea con la noción de selección intersexual de Darwin, ese rol procreativo no es sinónimo de pasividad sino que implica ejercer el rol de agente selector cumplido generalmente por la hembra de la especie, literariamente representada aquí por esta Carlota que debe elegir entre los dos personajes masculinos que se comparan.

La función epistemológica del personaje no era, ciertamente, una novedad. Es sabido que el personaje cumple diferentes funciones en una narración, además de permitir la progresión del relato —pues el personaje, básicamente, es consustancial al género narrativo. Pero también desempeña una función de representación —mimética— a través de su descripción, es decir, de su retrato, ya sea físico o moral —lo que la retórica categoriza como propopografía o etopeya, respectivamente—. El personaje ejerce asimismo un rol informativo, pues vehiculiza indicios y valores transmitidos al lector, indicios y valores que en muchos casos remiten a un campo supraindividual, moral o ideológico. Por último, desempeña una función pragmática, en la medida en que sus acciones pueden influir sobre el comportamiento del lector y sus representaciones del mundo: efectos catárticos, de identificación, imitación de poses o conductas, etc. Fue sobre todo desde el naturalismo y la novela experimental de Zola que el individuo, convertido en un personaje tipificado —es decir, en figura representativa de un carácter—, pasó a convertirse en un objeto epistemológico (Miraux, 1997-2005: 10-14; 46-57). Muy en consonancia con esta línea, Ingenieros considera que el arte tipificó en dos personajes

la rebeldía contra las coerciones sociales: Romeo, quien cae vencido por esas convenciones y que en su intención de casarse con Julieta acepta la domesticidad de la familia y el matrimonio, y Don Juan, verdadera individualidad que se emancipa de toda coerción colectiva (TA: 318-319). El autor lo dice expresamente: “Don Juan es un símbolo: representa el imperativo del instinto contra la tiranía de la sociedad” (TA: 346). Es así que, a partir del estudio de Georges Gendarme de Béville, *La leyenda de don Juan*, se empeñará en rastrear, en la tradición literaria occidental, la lucha de los ideales de amor contra las convenciones de cada época, que considera cifrada en las transformaciones que ha seguido el personaje de Don Juan, a las que les asigna un sentido histórico y moral, de acuerdo con su concepción de los personajes literarios como caracteres típicos o representativos que ayudan a *confirmar* sus demostraciones científico-sociales.¹⁶

Podríamos afirmar, en consecuencia, que el recurso a personajes emblemáticos de la literatura adquiere un rol central en la argumentación de Ingenieros y, dado el rol de “gobierno espiritual” que le asigna al libro como objeto cultural y, por extensión, a la edición de folletos como *LNS*, es lógico pensar que su intervención en el campo literario a través de escritos como estos se encuentra en línea con el rol de modelización del imaginario social que cumplía la novela. Es por ello que, en un proceso circular, nuestro ensayista se nutre de la escritura novelística que, al estilo del naturalismo, emplea como un *documento psicológico* para elaborar una interpretación biológica y psicosocial acerca del amor, sus variantes y efectos; interpretación que, parcialmente, será publicada como parte de una colección de novelas de folletín, antes de convertirse en el libro que lleva el título, entre académico y científicista, de “Tratado”. En palabras del autor:

Una definición del amor debe contener, pues, elementos de juicio inequívocos: sentimiento electivo que se observa en individuos de la especie humana, cuya sexualidad no es integral y cuya reproducción exige el acercamiento de los que llevan gérmenes complementarios. Es sencillo: *el amor es un sentimiento de preferencia individual que en circunstancias*

¹⁶ Al respecto, dice Jorge Panessi: “Desde siempre se es Werther o Don Juan, parece decir Ingenieros: esencias de la conducta amorosa, tipologías subjetivas del amante que la literatura ofrece, puestas ya en una narración reveladora donde los sujetos se explican y se identifican y donde la ciencia se encuentra confirmada” (Panessi: 2001).

especiales un ser humano siente por otro determinado, de sexo complementario, para satisfacer las tendencias instintivas relacionadas con la reproducción de la especie.

Su estudio constituye, por ende, un capítulo de la psicología de los sentimientos, no estudiado hasta hoy con claridad, por oponerse a ello las generalizaciones falsas y las agradables equivocaciones con que lo han obscurecido filósofos eminentes: Platón y León Hebreo, Spinoza y Leibnitz. Existen sin duda, valiosos documentos psicológicos en la literatura clásica; admirables descripciones y análisis del sentimiento amoroso nos han legado geniales artistas: Eurípides y Shakespeare, Rousseau y Goethe. Y fueron, sin disputa, precursores y maestros de la psicología del amor Ovidio, Brantome y Stendhal, más perspicaces que los psicólogos profesionales tentados en nuestros días de explicar mejor lo que no comprenden tan bien (*TA: 267*; cursivas del autor).

Conclusiones

Conciliar las demandas de la eugenesia *natural* con el amor, en los términos psicobiológicos en que lo entiende Ingenieros, es evidentemente una nueva variación en el amplio espectro que había abierto el discurso científico-jurídico sobre estas cuestiones. Para nuestro escritor, la pugna entre derecho individual y beneficio social se sintetiza en el enfrentamiento entre dos *hipótesis* acerca del funcionamiento del amor, la erótica y la eugénica:

La [hipótesis] erótica se preocupa del bienestar actual de los individuos; la eugénica se interesa por el bienestar futuro de la sociedad. En su forma extrema la doctrina erótica estaría representada por el amor libre, con disolución de la familia permanente y adopción social de los hijos y los incapacitados; la eugénica, en cambio, llevaría a transformar la sociedad en un haras humano, donde las funciones de reproducción estarían reservadas a los ejemplares superiores.

Bien miradas, las dos hipótesis expresan modos generales de pensar. La erótica pone en primer plano los derechos del individuo, mientras la eugénica antepone a todo las conveniencias de la especie. Por otra parte, es visible que mientras la hipótesis eugénica concibe el perfeccionamiento biológico de la humanidad como el resultado de una selección artificial

inteligente, la hipótesis erótica confía el mismo resultado al restablecimiento de la selección natural instintiva que seguirá a la reconquista del derecho de amar (*TA*: 333).

Reconquistar ese *derecho de amar* equivale, para Ingenieros, a defender el matrimonio de amor como forma eficaz para lograr simultáneamente los objetivos eugénicos y eróticos (*TA*: 335). Un desafío a las convenciones sociales que era posible en el marco de una serie como *La Novela Semanal*, pero impensable, por ejemplo, en colecciones católicas y moralizantes como *La Novela del Día* (Sarlo, 1985-2004: 151, nota 10). El peso de Ingenieros en las primeras décadas del siglo XX —ha sido calificado de escritor-faro por Beatriz Sarlo— lo autorizaba para defender una visión secularizada y pretendidamente científica de las relaciones sentimentales y familiares, en una línea de reflexión sobre el amor, el matrimonio y la procreación tributaria de una moral antidogmática, laica y modernizadora.

Nutridos por el legado del pensamiento libertario y la literatura moderna, forzando los límites de doctrinas científicas como la eugenesia, los escritos de este médico, filósofo y escritor ofrecían una alternativa a la concepción epocal de las relaciones amorosas y familiares. Alternativa que tampoco podía contar enteramente con el aval del reformismo político o el higienismo médico, que no entraban en conflicto frontal con las formas hegemónicas de la moral convencional respecto del matrimonio y la conformación de las familias (Vezzetti, 2012-2013: 52, 53). Sin embargo, desde la cátedra universitaria, las revistas filosóficas y literarias o las páginas de una colección de folletos novelescos, la pluma de Ingenieros ensayaba, para sus públicos diversos, una nueva formulación de las vinculaciones intersexuales y del ordenamiento biopolítico de la sociedad. El carácter de obra inconclusa que reviste el *TA*, así como el hecho de que haya llegado a nosotros en virtud de la intervención editorial de sus discípulos, no hace más que enfatizar la importancia que el tema revestía en el pensamiento de sus últimos años, así como el interés que todavía despertaba su opinión para las generaciones que le siguieron.

Bibliografía

- Ben, P. y O. Acha. (1999). La jerga de la autenticidad: relectura de José Ingenieros desde una perspectiva de género. *Periferias*, 6.
- Degiovanni, F. (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales*

- y canon en Argentina. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Fernández, C. B. (2008). Entre la literatura y la eugenesia: el *ideal de amor*, según José Ingenieros. *Diálogos Latinoamericanos*, 14, 142-160.
- Fernández, C. B. (2015). *Entre la "Revista de Filosofía" y "La novela semanal": el "Tratado del amor" de José Ingenieros*. Ponencia presentada en el Segundo Coloquio de Publicaciones Periódicas Argentinas, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.
- Fernández Cordero, L. (2012-2013). José Ingenieros y Eva Rutenberg: cartas de amor para una historia intelectual. *Políticas de la memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, 13, 67-72.
- Fernández Cordero, L. (2014). Para iluminar el sexo y el cuerpo. Revista *Cultura sexual y física* de editorial Claridad. En V. Delgado, A. Mailhe y G. Rogers (Coords.). *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX – XX)* (pp. 157-177). La Plata: Edulp. Recuperado de www.libros.fahce.unlp.edu.ar
- Foucault, M. (1976-2014). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Glick, Th. F. (1992). El impacto del darwinismo en la Europa mediterránea y Latinoamérica. En A. Lafuente y J. Sala Catalá (Eds.). *Ciencia colonial en América* (pp. 319 – 350). Madrid: Alianza.
- Gonzales, O. (2012-2013). Del novecientos al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú. *Políticas de la memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, 13, 78-95.
- Ingenieros, J. (1913-1962). El hombre mediocre. En *Obras completas. Tomo VII* (pp. 85 -203). Buenos Aires: Mar Océano.
- Ingenieros, J. (1917). Werther y Don Juan. *La novela semanal*, 7. Recuperado de http://digital.iai.spkberlin.de/viewer/image/767085973/1/LOG_0003/
- Ingenieros, J. (1919-1962). Principios de Psicología. En *Obras completas. Tomo III* (pp. 9-224). Buenos Aires: Mar Océano.
- Ingenieros, J. (1925). La metafísica del amor. *Nosotros*, XIX, 199, 531-536.
- Ingenieros, J. (1940-1962). Tratado del Amor. En *Obras completas. Tomo III* (pp. 225-401). Buenos Aires: Mar Océano.
- Lafleur, H., S. Provenzano y F. Alonso. (2006). *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*. Ensayo preliminar de M. Croce. Buenos Aires: El 8vo. Loco.
- Leys Stepan, N. (1991-1996). *The Hour of Eugenics. Race, Gender, and Nation in Latin America*. Ithaca and London: Cornell UP.

- Merbilhaá, M. (2014). 1900-1919. La organización del espacio editorial. En J. L. de Diego (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 31-61). Buenos Aires: FCE.
- Miranda, M. (2011). *Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Miraux, J. Ph. (1997-2005). *El personaje en la novela. Génesis, continuidad y ruptura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Panessi, J. (2001). *Tratado del amor* de José Ingenieros. *Revista Discurso*, I, 1.
- Pierini, M. (Coord.) (2004). *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927). Un proyecto editorial para la ciudad moderna*. Madrid: CSIC.
- Sarlo, B. (1985-2004). *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*. Buenos Aires: Norma.
- Senet, R. (1926). La obra psicológica de Ingenieros. *Revista de Filosofía*, 12(1), 114-139.
- Stendhal. (1822-1996). *Del amor*. Traducción de Consuelo Berges. Madrid: Alianza.
- Terán, O. (1986). *José Ingenieros: pensar la nación. Antología de textos*. Buenos Aires: Alianza.
- Vezzetti, H. (1986). Viva cien años: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina. *Punto de Vista*, 27, 5-10.
- Vezzetti, H. (2012-2013). Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros [1989]. *Políticas de la memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, 13, 51-57.
- Zanetti, S. (2002). *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.